

**Fabbri, en versión
española**

En el Lara, otra obra muy encajada en su tradición. «Teatro católicos», así, entre comillas, en la medida en que temática y formalmente se ajusta a los cánones un tanto convencionales que definen esta especie teatral. Teatro con el aire de ceremonia repetida. Con su engolamiento, su soniquete y su retórica peculiar. Fabbri añade un propósito de confesión general, que acaba siempre empujándose por la carpintería habilidosa de que se sirve. Sus puntos de apoyo acababan siendo las grandes frases, los grandes gestos, los espectaculares milagros. A su teatro le falta lo que casi siempre se echa de menos en todo este teatro definido como «católicos»: una sinceridad para abordar los problemas en un plano realista y social. Defecto especialmente grave en una obra como «La señal del fuego», cuya problemática nos remite, en lo fundamental, a esa vertiente.

Varios padres jesuitas, procedentes de diversos países, se reúnen en Berlín para estudiar la situación de sus iglesias. Se discuten las relaciones entre Iglesia, Estado y Sociedad. Se inquiere sobre las causas de que el cristianismo no construya su propia historia en lugar de padecer la historia que hacen los políticos. Los personajes aparecen diferenciados esquemática y burdamente. Importan, en definitiva, sus argumentaciones. Y éstas, a pesar de ir montadas sobre unas cuestiones graves y serias, nunca sobrepasan lo trivial. Pemán, por su parte, añade a la pieza su reconocida capacidad para la ironía y el alfilerazo respetuoso.

¿Qué queda, en resumen? Una moraleja archisabida, aunque todavía escandalice a cierta gente: los «mejores» no son los que hablan «ex cátedra». El jesuita español (¿qué cosas le hace decir Fabbri!) y el enviado de Roma se quedan «fuera del juego» religioso en el que entran los personajes aparentemente más simples.

A Pastor Serrador le aplaudieron una escena. Otros intérpretes fueron Francisco Piquer, María Luisa Lamata, Antonio Quijpo, Angel Terrón, Manuel Soriano, Fernando La Riva, Manuel Torremocha, Enrique Closas, Manuel Andrés, Maravilla Blanco, Gregorio Blanco y Francisco Taure.

Quiero añadir que la acción está llena de decisiones ingenuas, en absoluto contraste con el clima de «suspense» que Fabbri quiere establecer desde el comienzo. En estos casos, fallado el fondo y la lógica, «La señal de fuego» resulta un puro disparate.

J. M.

PARIS: TEATRO DE



Amelia de la Torre, María Asquerino y Rosario García Ortega, durante la representación en el Sarah Bernhardt

Juicio unánime: «LA BELLA MALMARIDADA», espectáculo de gran interés

SARAH Bernhardt y Lutece cubren ya la última fase del Teatro de las Naciones. Quedan todavía algunas compañías importantes, entre las que destaca el Piccolo Teatro de Milán, que dirige Giorgio Strehler; el Teatro Real de la Moneda, regido por Maurice Bejart, y el Royal Shakespeare Theatre. Esperamos poder ofrecer amplia y directa información crítica en los próximos números.

En esta crónica queremos, sobre todo, recoger los comentarios de prensa dedicados a «La bella malmaridada» y celebrar la atención suscitada tanto por la titular del María Guerrero como por el cuadro flamenco de Zambra. Un cuadro en el que, gracias a la Antología del Cante Flamenco, figuran varios «cantaos» y guitarristas ya populares en los medios discófilos de Francia.

Roger Wild, en Nouvelles Littéraires, resumía así su impresión sobre el espectáculo: «A mitad camino entre

el grito y el gemido, el canto primitivo andaluz es la más profunda expresión de la angustia. Encierra una capacidad ilimitada de poesía. Por eso figura con todos los honores en el programa del Teatro de las Naciones.»

Esto hay que escribirlo, porque aquí nos parece que el flamenco viaja siempre un poco de tapadillo. Y el triunfo de Zambra ha sido clarísimo. «¡Ah, si los actores del teatro español fuesen tan actores como los flamencos y como los toreros! ¡Serían los mejores del mundo!» Esto se lo oí decir una vez a Planson frente a nuestro asombrado director general de Cinematografía y Teatro de hace unos años.

En el Sarah Bernhardt, buen triunfo de «La bella malmaridada». La noche de la primera representación estalló una bomba en el puesto de policía inmediato al teatro. El Sarah Bernhardt está muy cerca del palacio de justicia donde juzgaban a Salan y la bomba formó

LAS NACIONES

parte de las actividades de la O A S. El teatro se quedó sin cristales y los actores se llevaron un buen susto. Pero el público llenó la sala como si nada hubiese ocurrido. Y así durante todas las representaciones, a pesar de que la policía pedía una y otra vez la documentación por aquellos alrededores.

Conozco varias críticas. De la de Jean Paget, de «Combat», traduzco: «Se trata de un espectáculo de gran interés, tanto por el cuidado en resucitar las costumbres teatrales del Siglo de Oro como por los méritos de la dirección de José Luis Alonso. El movimiento, el ritmo, la alegría de los actores del teatro María Guerrero, y particularmente la interpretación de María Asquerino, Olga Peiró, Antonio Ferrandis, Luis Prendes y José Vivó vitalizaron considerablemente la obra.» El crítico hace además un análisis de la pieza de Lope. Nada de particular sobre este punto, ni en la crítica de Paget ni en ninguna.

Después de Zambra, en el Lutece, se estrenó «El prestamista», la obra de un solo actor que vimos en el Cómico de Madrid. Buen triunfo de Josseau y del actor Montenegro.

«Cada uno a su modo», de Pirandello, por el Teatro Stabile de Génova, el «Woyzeck», inspirado en la obra de Büchner, por el Teatro de Pantomima de Wroclaw, «La sonata de los espectros», de Strindberg, por los suecos, y los cantos y danzas de Corea y de Dahomey, señalan la hora internacional de los dos teatros donde actuaron las compañías españolas.

La máxima expectación se divide ahora entre el Piccolo y Bejart. El primero, por su bien ganada seriedad y prestigio. El segundo, porque promete hacer de su versión de «Los cuentos de Hoffman» uno de los más apasionantes experimentos en busca de ese teatro «total», en el que se aúnen todos los factores y medios expresivos con que cuenta el espectáculo.

J. M.



La «Sevillanas Biblicas» fue una de las danzas más aplaudidas de Ballet Zambra en el Lutece, en París, tras los récords de asistencia.

A fines de la representación de «La bella Melancholida», Claude Planson saluda a los intérpretes: Amelia de la Torre, María Asquerino y Luis Prendes.

Fotos y pies publicados en la revista «Theatre». En la superior: «Las Sevillanas Biblicas» fue una de las danzas más aplaudidas del Ballet Zambra, que batió, en el Lutece, todas las marcas de recaudación. En la inferior: «Al finalizar la representación de «La bella malmaridada», Claude Planson felicita a los intérpretes: Amelia de la Torre, María Asquerino y Luis Prendes



alejandro casona

EN el despacho de dirección del Bellas Artes, rueda de antecámaras para hablar con Alejandro Casona. Vamos entrando a nuestro turno. Soy el más joven de los que han ido allí a preguntarle cosas al autor tantos años ausente.

—¿Cree que «La dama del alba» era la obra adecuada para tomar de nuevo contacto con el público español?

—En esto hemos coincidido Tamayo y yo, aunque fuese el quien me solicitase ese título.

—¿Ha seguido desde Buenos Aires nuestro movimiento teatral?

—Sí. Aunque ahora me he encontrado con una sorpresa. Se llama Lauro Olmo...

Bueno, esa sorpresa nos la hemos llevado todos. «La camisa», es su primera obra dramática.

—Pues me ha parecido excelente. Aunque quizá le falte algo más de poesía...

—¿...?

—Quizá esta ausencia no tenga gran importancia, tratándose de un drama cuyos valores fundamentales son su honradez y su carga social...

—¿Se queda en España por mucho tiempo?

—No. Vuelvo a Buenos Aires. Tengo allí varios compromisos, aunque espero seguir vinculado a la vida teatral española.

—¿Tiene previstos otros estrenos?

—Aún es pronto para hablar de eso, pero es lógico que mi teatro se haga ahora aquí. A Nuria Espert le he dado «La sirena varada».

—Hemos leído que va a estrenar en Buenos Aires una versión de «Peribáñez». ¿Es muy libre?

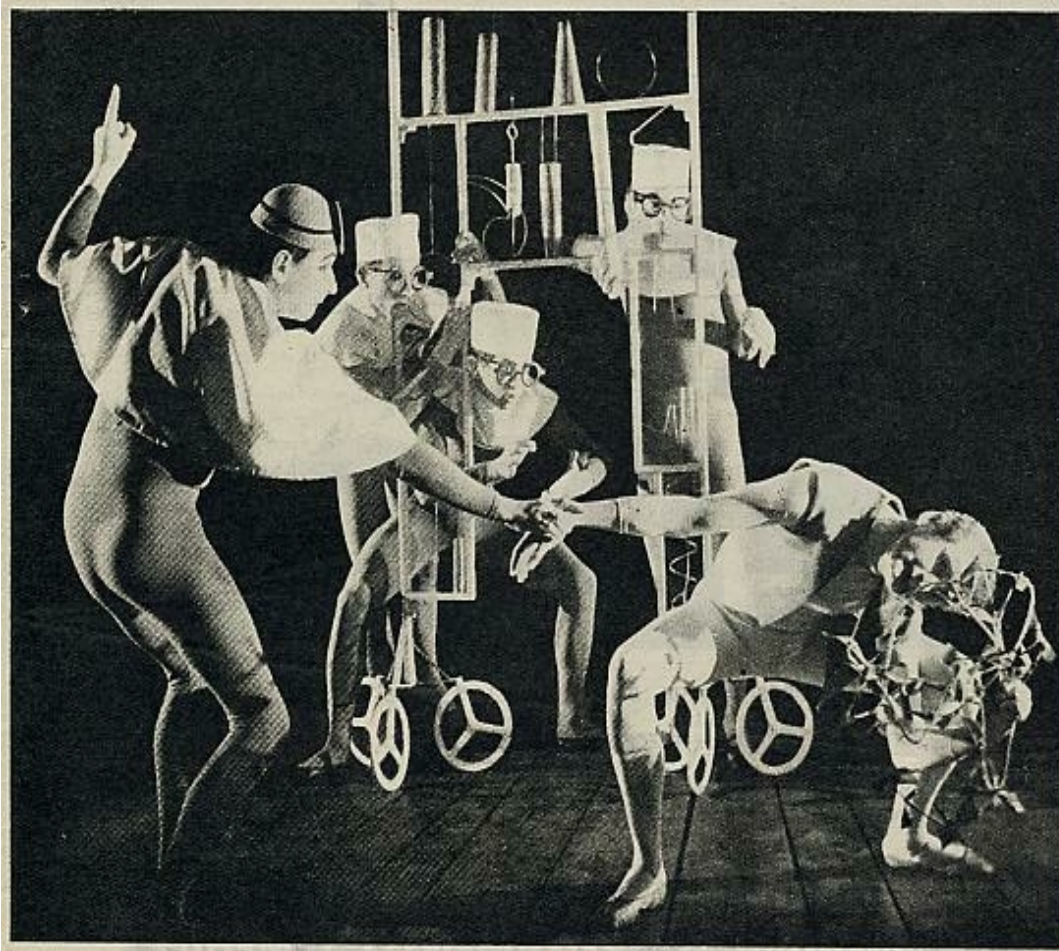
—Bastante. No llega a lo que hace León Felipe con Shakespeare, pero tiene muchos versos míos. Yo creo que el respeto hacia Lope, autor admirable, es compatible con esta reelaboración de alguna de sus escenas, a veces poco desarrolladas en el original. Otras veces se trata de simples variaciones en el orden de las escenas.

—¿Qué tal fue su versión de «El anzuelo de Fenisa»?

—En Buenos Aires estuvo un año en cartel.

—¿Veremos aquí su «Peribáñez»?

—Todavía es pronto. Sé que mi versión de esta pieza de Lope va a despertar las habituales reacciones de los puristas... Dentro de un año, cuando esté más asentado en el teatro español actual, será otra cosa...



Escena del mímódrama «Woyzeck», inspirado por la obra de Büchner y presentado por el teatro polaco de Wroclaw